

# Presentación

**Jorge Monteleone**

**E**n el ensayo que presenta el extraordinario *dossier* dedicado a Juan José Saer que Miguel Dalmaroni –acompañado por Sergio Delgado, Julio Premat y David Oubiña– editó para este número, sugiere que acaso el escritor argentino sea menos un nombre en el canon que un “acontecimiento”: del mismo modo en el cual Alain Badiou hablaba de un “acontecimiento Mallarmé” podría hablarse de un “acontecimiento Saer”. O bien, como para Raymond Williams, habría una dimensión que excede el horizonte de toda socialidad mediante una pura “cualidad de presencia”. En un ensayo citado por Dalmaroni, Beatriz Sarlo, una de las tempranas lectoras de Saer que sin duda conformó su integración al canon, propone “despreocuparse un poco del canon” para leer a Saer como cuando todavía “no era Saer”, es decir, cuando era menos un riesgo que una “certeza”.

Los materiales que se reúnen en este *dossier* de una revista académica, no hacen más que confirmar enfáticamente la ejemplar persistencia de Saer en el canon presente de la literatura argentina: provienen, como puntualiza Dalmaroni, de manuscritos, documentos y cuadernos que el propio Saer puso a disposición de Julio Premat (y que en parte sirvieron de base para la edición crítica de *Glosa* y *El entonado* de la colección Archivos) y también de materiales documentales reunidos en el proyecto “Archivos Juan José Saer” radicado en el CONICET. Cuando la obra de un escritor entra en ese circuito de la memoria y la interpretación, en la cual se abren los arcones de los manuscritos, los inéditos y los textos olvidados, la presencia autoral coincide con una situación central en el canon que no sólo informa el mercado editorial, sino también la creciente exégesis de los especialistas. ¿Por qué, sin embargo, la referencia crítica a Saer parece necesitar su presencia como acontecimiento,

su situación por fuera de un canon, cuando esta misma publicación parece confirmar lo contrario? Una de las respuestas radica, tal vez, en un aspecto que el propio Saer sostuvo en su literatura y que contradice activamente, o al menos cuestiona, la persistencia del nombre de autor en el archivo.

En *La dicha de Saturno. Escritura y melancolía en la obra de Juan José Saer* (Rosario, Beatriz Viterbo, 2002), Julio Premat observó un aspecto insoslayable de lo que significaba la imagen de escritor –tanto la propia como la ajena– para Saer: se caracteriza, paradójicamente, por “un rechazo explícito de definir imagen alguna”. Como señala Premat, ese carácter se sustenta en una inclinación drástica: no sólo elude prolijamente cualquier atisbo autobiográfico, sino también, en sus ensayos sobre otros escritores, reproduce “el mismo vacío de identidad, de personalidad e inclusive de voluntad”. Tal conclusión está largamente probada, no sólo por sus declaraciones explícitas, sino por ciertas elecciones estéticas. En *El concepto de ficción* (1997), Saer escribe que “el escritor no es nada, nadie” y que, si para el resto de los hombres esa ausencia de contenido es llenada con imágenes sociales, “para el escritor todo el asunto consiste en preservarla” de ellas. Podríamos conjeturar que para Saer hubo, entre otros, dos modelos que pudo reconocer como propios. El primero corresponde a una antigua idea borgeana, que desde el culto a la nadería de la personalidad en los años veinte, arribó a su conocido retrato de Shakespeare en la prosa “Everything and nothing” de *El hacedor* (1960): el autor es un vacío poblado exclusivamente por sus personajes y, a su vez, el modelo de la Divinidad, que es “muchos” o “todos” en el universo de sus criaturas, pero “nadie” en sí misma. La prosa de Borges comienza de un modo afín a la declaración de Saer: “Nadie hubo en él”. El segundo es Juan L. Ortiz, un hombre que deliberadamente escamoteó su biografía. “Soy un hombre sin biografía en el sentido en que generalmente ésta se considera”, escribió. Sus “Notas autobiográficas” ocupan apenas una página y media de su *Obra completa* (1996). Ese vacío de identidad es un antecedente ostensible para la concepción de Saer: en Juanele la biografía no existe porque se transformó en mito poético.

En un breve ensayo llamado “Razones”, escrito hacia 1984 para el libro *Juan José Saer por Juan José Saer* (1986), al cuidado de María Teresa Gramuglio, Saer explicita, entre otras, las razones por las cuales se vale de personajes escritores: “si utilizo personajes escritores es para darle un apoyo empírico al sistema de representación realista. [...] Otra causa, más importante tal vez podría ser el deseo de sacar la narración del dominio absoluto de la épica. Introduciendo personajes escritores que expresan la visión íntima del autor sobre los acontecimientos, podría esperarse que la supuesta objetividad del realismo épico pierda su carácter de verdad indiscutible y universal. [...] Por último, podemos tal vez explicar el fenómeno de la crisis de la representación: como ya no somos ingenuos, nos interesan menos las historias que

nos cuentan, que los medios que emplean para contárnoslas”. No hay en esta serie de preferencias un solo motivo biográfico o documental, o siquiera ejemplificador de una visión del mundo, de una ideología, de una estructura de sentimiento. El escritor como figura obedece menos a una personalidad que a una función ficcional. Ese mismo lugar ocupa en su poesía. La sección principal de *El arte de narrar* está poblada de retratos, velados o explícitos, de escritores, pero también de personajes, que tienen idéntico valor representativo. Otra vez, Saer levanta con ellos una imagen del personaje escritor, para sustituir a un elusivo sujeto lírico, cuando la condición previa de ese retrato es un vacío: el escritor como *nada, nadie*. Esa presencia como diferida o disipada de la persona de autor en Saer que, sin embargo, tiene una numerosa concentración de acontecimiento, presupone aquella elección estética de la figura de escritor, que este *dossier* no hace más que multiplicar y confirmar.

El lector hallará en este número las habituales secciones de nuestra revista: artículos, notas y reseñas. Asimismo, encontrará la segunda parte de la encuesta iniciada en el número anterior, pero invirtiendo los términos: ahora no nos preguntamos si existe la literatura española para los escritores latinoamericanos, sino si existe y de qué modo la literatura latinoamericana para los españoles. Joaquín Marco y Antonio Muñoz Molina responden esa cuestión. La sección “Homenaje” está reservada en este número a la despedida de tres grandes amigos de nuestro instituto, fallecidos hace unos meses: el crítico italiano Vanni Blengino, el escritor mexicano Carlos Monsiváis y el primer director del Instituto de Literatura Hispanoamericana desde el retorno de la democracia en 1984: David Lagmanovich. A su entrañable memoria dedicamos el tercer número de *Zama*.